

Catálogo La Puente. Pedro Déniz  
Gobierno de Canarias, España, 1998.  
ISBN 84-7947-227-8

QUERIDO GINÉS  
Franck González

Noche. Anoche. De noche. La marea escancia la bruma espuma en el callao. Resaca, pérdida que arrastra, corriente abajo, la huella del último viaje. Orilla que rompe imágenes contra la noche. Aullido bronco de pardela que trae viejos mandados. Me cuentan que he vuelto.

Desde que esta isla se echó al mundo Ginés había asistido, una y otra vez, una y otra vez, cansinamente, a todas las ceremonias del adiós. Mecánica letanía que devolvía incólume su cuerpo a la madrugada. El agua al frío. El tiempo había deambulado, precipitadamente, por su mirar. Casi podría decirse que su mirada habíase sentido. Que el paso de las lunas había dejado sobre sus ojos una extraña sombra de luz. Que llegó a ver los lindes.

Un mediodía especialmente acre tomó una importante decisión: Se dejaría caer por lo asomada. No sabía cuándo. Tal vez pronto. Bueno, realmente tampoco corría prisa. Nadie iba tras él. Y bueno, pues, que se alongaría de tanto en tanto. A fin de cuentas —sentenció— nadie se iba a enterar. Y yo —se dijo con creciente seguridad— no se lo iba a contar o nadie. Y pues, no por eso iban a cambiar sus costumbres. No. No dejaría de acariciar los romos costillares de los lagartos del risco. Aquellas polvorientas siluetas seguirían siendo su compañía de mediatarde. Tierra, salitre y líquen componían una extraña ralea sobre los frías escamas con los que gustaba escuchar aromas de arcanas caricias. De tan viejas ya puro polvo. De modo que el día en que iba a llegar la noticia de su regreso era una jornada tan corta como cualquier otra desde la botadura de la isla. Caciques y mesnada asintieron con la mirada. Éstos en cobrador silencio. Con hablar pausado y ya cobrado aquellos.

Nunca quedó muy claro de dónde había salido aquella peregrina idea de una isla-con-mando-a-distancia. ¿Para qué —preguntó Cacique Segundo— gastar en singladuras que más pronto que tarde vuelven a puerto? ¿Para qué botar aquello que al nacer en el agua ya su único timón es el regreso al pasado? Cacique Primero —siempre más sagaz que su hijo— bramó: No podemos dejar de ser lo que debemos ser. El espejo con el que reflejábamos todas las imágenes del Mundo Exterior hace tiempo que ya no incendia la mirada de los jóvenes. Nuestro compromiso con el pueblo radica en que debemos proporcionarles las herramientas necesarias para su correcta socialización en nuestra —e hizo hincapié en este nuestra— cultura. Una isleña cultura no es isleña ni es cultura sin un buen telecomando que facilite la absorción del zapping como modelo cultural... Ginés nunca podía recordar qué fue lo que le dijeron después ni cómo consiguieron enrolarlo —con malas artes, sin duda, se decía una y otra vez— y convertirlo en fielatero y cronista oficial. Sumaba así los dos máximos honores que aquella sociedad estimaba en valía. Honrado con la plusvalía del capital especulativo —era con toda seguridad, se decía, el único y legítimo propietario de la isla— y con la plusvalía de la escritura —nunca existiría otra historia que aquella que él narrase— se abrían para él las puertas de un futuro sin porvenir. Cuando leyó aquellas cuatro letras en una lengua ya casi olvidada por un silencio aún más profundo, quedó mudo. ¿Cómo —se decía— podría haber vuelto su hijo Ginés cuando él nunca había llegado a tener noticias de su simple existencia? Espera. Ahora atinaba a recordar añejos cuentajos. Si, era eso. Tiempo atrás unos pescadores del Risco le habían contado —aunque tal vez no les hubiera entendido bien— cómo uno nunca llegó a conocer a su padre. El relato venía acompañado de una música desconocida para él. Sazonado de voces necesitadas de la lengua de Juanito Maipoó para ser entendidas por el Concejo. Todo la vida lejos. Trabajando a lo largo de un gran río. Un río tan grande como la marea que le envolvía y revolvía de pronto. Un trabajo oscuro en hablarse para regresar y enfrentar la lápida de un viejo. Desconocido... Pero éste no es mi caso. Yo sé que no tengo hijos. Apenas si hablé una vez con Reyes la de Rosarito. Pero entonces no llegaba yo todavía al mostrador de Ca Dominguito. No. Aquello era un disparate. Seguro que el Pardelo del Sur se había equivocado. Mañana se lo preguntaría. Pero en la noche volvían o sucederse ante sus hollados ojos la misma escena. El guayete orillaba el bote como si los cardenales de sus dedos fueran malvas alas. Bajo su escasa planta el bote se balanceaba y los colores se enfrascaban en bajar y subir de la línea de flotación. Toda la barquilla rezumaba risas de chiquillería. Aunque Rosarito le dijo y le volvió a decir que aquello era cosa de brujería, el

caso es que Ginés tenía el don de virar, con tan sólo su mirada, todos los botes de la playa. Volvía a despertarse para caer otra vez en la duda. Cómo saber quién era aquel chiquillo.

El día después de recibir la noticia, Ginés bajó a la playa para preguntar al Pardelo del Sur. Pero lo que aquel día alzó frente a él habría de trastornado irremediablemente. A lo lejos... sí, espero, pero, no, si estaba seguro, aquello... Sí, otro vez, allí, a popa, de nuevo... El espejo roto. La bandera nueva de Cacique Tercero. Llegaban de la costa dorados ecos de trompetas. Trombones azules entrelazados con blancas cajas. Voladores que se le llegaban, estirando su raboneo en repiques sobre el estirado lienzo de la marea. Turba. Tumulto. Sí, allá abajo ocurría algo. No podía distinguir bien. El sol, encima, se ponía ahora a popa. Sí, aquel que estaba alegando pintado era Cacique Segundo. Y paréceme, sí, ahora tomaba -solemnemente, eso sí- la palabra. ¿Quién era? Ah sí, Cacique Primero. No podía recordar lo que ante sus ojos veía. Algo le impedía volver a mirar aquellas casas, aquel miserable pago. Otra vez, la noche velaba su mirada para acompañar su sueño de viaje inacabado.

Cuando al alba embarrancaba la isla contra el risco una suerte de pánico recorrió su reseca nuca. Una corriente que le subió por los pies le había dejado la espalda bañada en un sucio sudor cetrino. Ahora le llegaba al cuello y las venas comenzaban a saltar unas junto a otras como toninas bregando contra el oleaje. Los ojos grávidos, quietos. Buscando qué. Aquella acequia que ahora se desparramaba en los viejos pliegues de su nuca no dejaba lugar o dudas. Desde que él recordará, esto sólo pudo ser por un motivo. Y además un motivo importante. Veía ahora su propia existencia virada al sepia. Adiós títulos de propiedad ¿Quién sino un loco puede querer una isla que ha dejado de serla? ¿Cómo contar una historia cuando ésta se está, ahora mismo, evaporando ante sus ojos?

Un humedal envuelto en llamas.

Vuelves, oíste Ginés, para ver los restos de tu propio naufragio. Polizone de velas henchidas ayer, recalas ahora —acechando— por debajo de la caleta de la memoria.

Como impostor.

Pero sobre todo como olvidador de tu propio rumbo.

Te acercas y lees. Y lo lees sólo para saber, a través de esas letras, que has vivido. El papel que tienes entre tus dedos es lo que durante todos estos años, vagando, anduviste buscando. La prueba, al fin, de que, tal vez, fuiste a buscarlo. Entonces, mientras tratabas de poner en orden tus ideas, rumiando, acaso pensando, el viento del sur levantó, en aquel preciso instante, su vano velo. Y quedaste suspendido tras lo mano. Suspendida la mirada y reventadas las yemas de los dedos que hasta entonces eran la alcancía de tu vivir. Suspendida la frase por un nuevo tiempo que el Sur trajo en aquel último mirar que se desvaneció. Suspendido el papel, nadando en la nada. Y otra vez la palabra volvió para surcar el éter. Para preñar, tal vez, un nuevo sueño.

Las Palmas, 1 de junio de 1998.